

¡Hoy es Nochebuena y la ciudad está de fiesta!: la celebración de la Navidad en Santiago, 1850-1880*

Today is Christmas Eve and the City is Celebrating! : The Celebration of Christmas in Santiago, 1850-1880

Hoje é Natal e a cidade está em festa!: a celebração do Natal em Santiago, 1850-1880

AUTORA

Daniela Serra Anguita

Pontificia Universidad
Católica de Chile,
Santiago, Chile

mdserra@uc.cl

RECEPCIÓN

17 noviembre 2010

APROBACIÓN

27 julio 2011

DOI

**10.3232/RHI.2011.
V4.N2.05**

El artículo aborda la celebración de la Nochebuena en Santiago de Chile, durante la segunda mitad del siglo XIX. El espíritu carnavalesco que caracterizó a esta fiesta desde tiempos de la Colonia, cedió paulatinamente frente al cambio de mentalidad que sufrieron las elites santiaguinas a medida que avanzaba el siglo XIX. El análisis de la prensa de la época deja en evidencia que los nuevos ideales ilustrados tenían poco que ver con la expresividad barroca que se manifestaba durante la Navidad, lo que se tradujo en una serie de disposiciones gubernamentales que terminaron por transformar la sociabilidad festiva de los chilenos con respecto a la Nochebuena.

Palabras clave:

Carnaval; Cultura Popular; Fiestas Religiosas; Navidad; Chile.

This article deals with the celebration of Christmas Eve in Santiago de Chile, during the second half of the nineteenth-century. The carnival spirit that characterized this celebration dating back from colonial times, gradually faded away facing the changing mentality that Santiago's elite underwent as the nineteenth-century progressed. The analysis of the press from that time shows that the new enlightened ideals had little to do with baroque expressivity that was expressed during Christmas, which resulted in a series of governmental regulations that ended up transforming Chilean's festivity sociability with respect to Christmas Eve.

Key words:

Carnival; Popular culture; Religious celebrations; Christmas; Chile.

O artigo aborda a celebração da Noite de Natal em Santiago do Chile, durante a segunda metade do século XIX. O espírito carnavalesco que caracterizou essa festa mundana desde os tempos da Colônia, cedeu gradativamente face à mudança de mentalidade que sofreram as elites de Santiago à medida que o século XIX avançava. A análise da imprensa da época põe em evidência que os novos ideais ilustrados tinham pouco a ver com a expressividade barroca que se manifestava durante o Natal, e isso se

traduziu numa série de disposições governamentais que terminaram transformando a sociabilidade festiva dos chilenos a respeito da Noite de Natal.

Palavras-chave:

Carnaval; Cultura Popular; Festas Religiosas; Natal; Chile.

Introducción

Hacia mediados del siglo XIX, durante las noches del 24 y el 25 de diciembre, los habitantes de la ciudad de Santiago, la capital de la República de Chile, se volcaban a sus principales avenidas a celebrar con abundancia de comidas, música y bailes el nacimiento del Niño Dios. La sociedad entera, sin distinción de clases, esperaba con ansias la fiesta de Nochebuena, celebración popular, masiva y pública que era celebrada en clave tradicional con un marcado predominio de lo rural¹.

La Navidad también simbolizaba el final del año. Era el cierre de un ciclo y el comienzo de nuevas oportunidades, razón que producía un mayor ánimo de festejo entre los habitantes de Santiago. Era una noche en la que los niveles de permisividad aumentaban: se comía, bebía y gastaba en exceso, actitud que comúnmente se traducía en desórdenes y borracheras.

Un siglo y medio más tarde las cosas son diferentes. Si bien se ha mantenido casi intacto el contenido cristiano de esta fiesta religiosa, la forma en que la sociedad conmemora la venida de Jesús al mundo muestra profundos cambios hoy día. Resulta extraño imaginar una Nochebuena celebrada cual carnaval en la Alameda del centro de Santiago, festejo que hoy se caracteriza por el espíritu de recogimiento que reina en los hogares, escenario íntimo de una celebración que reúne a la familia y que está orientada hacia los niños. Pero las fuentes consultadas son elocuentes con respecto a la Navidad decimonónica y nos transportan de forma vívida hacia lo que entonces fuera el acontecimiento más esperado e importante del año.

¿Cuándo se produjeron los cambios que transformaron por completo el carácter de la Nochebuena? A medida que avanza el siglo XIX el elemento carnavalesco de la fiesta de Navidad se fue perdiendo y con ello se comenzó a dejar atrás su carácter popular, retirándose de las calles para recluirse al interior de los hogares de los habitantes de la capital. Junto a esto, comenzó a tomar fuerza una nueva celebración: la fiesta de Año Nuevo, celebrada cada 31 de diciembre. Si bien fue una iniciativa impulsada en los círculos de la élite ilustrada, no tardó mucho en extenderse hacia el resto de la sociedad. De esta manera la Navidad abandonó su sentido como fiesta primordial de fin de año, con su contenido particular, lo que implicó que muchas de las conductas festivas que la caracterizaban fueron quedando en el olvido. ¿Habrán sido quizás una estrategia de la élite el introducir la ilustrada festividad de Año Nuevo para ir quitándole protagonismo a la popular Nochebuena?² Ciertamente o no, las calles de la capital durante la Navidad

se transformaban a mediados de siglo en el escenario del festejo más significativo del año. Si bien la descripción de esta fiesta es de por sí impresionante, este ejercicio no satisface la riqueza documental que está escondida en los periódicos y crónicas de la época³. Es por esto que realizaremos un viaje entre 1850 y 1880 que nos permitirá vislumbrar los cambios estructurales que, junto a determinados acontecimientos, forjaron la nueva esencia de la Nochebuena⁴.

Es preciso notar que el tema de la Navidad decimonónica ha sido abordado de forma más bien tangencial por la historiografía chilena, ya que se ha trabajado en relación a temas más generales, como el de la religiosidad popular (Salinas: 1987, 1991, 2005; Parodi: 2000); las fiestas religiosas del calendario litúrgico (Cruz: 1995, 1998; Browne: 1996; Millar: 2000); y la vida cotidiana del pueblo (Salinas: 2005), entre otros. Pero siendo esta fiesta la más importante para el pueblo y para el conjunto de la sociedad en aquella época, merece ser protagonista de su propia historia. Junto al ejercicio de descripción y análisis, iremos viendo los sutiles cambios que comenzaron a operar en las nociones de colectividad, de espacios públicos y privados y en los códigos sociales y morales de los habitantes de Santiago hacia la segunda mitad del siglo XIX, realidades que iluminarán el estudio del Chile decimonónico desde una nueva perspectiva.

La Nochebuena chilena: el carnaval se toma Santiago

La celebración de la Nochebuena en Chile se remonta a los primeros años de la Colonia⁵. Los españoles que conquistaron el territorio trajeron consigo no sólo los dogmas de la tradición cristiana, sino que también sus formas plásticas y rituales de representación. Tanto la Iglesia Católica como la Corona española tenían plena conciencia de la importancia del uso de los espacios públicos para acceder, de forma eficaz, a la comunidad de fieles. Por esta razón las ceremonias civiles y religiosas se convirtieron en una herramienta fundamental para acaparar todos los espacios, invadiendo la ciudad y la vida cotidiana de sus habitantes. La religión salió de los templos a las plazas y principales avenidas, circunstancia que no solo servía para festejar, sino que también era utilizada como una instancia de adoctrinamiento, particularidad que se mantuvo hasta bien entrado el siglo XIX. Hacia 1850 la catolicidad de la ciudad aún se manifestaba por todas partes: en su arquitectura, en el uso de las calles y plazas y en la medición del tiempo regido por el tañido de las campanas, entre otros aspectos⁶.

Pero la utilización de los espacios públicos no era solamente una iniciativa propia de la autoridad eclesiástica, sino que respondía también a la forma espontánea y cotidiana en que el pueblo expresaba su sociabilidad festiva. Por lo general en Santiago, las condiciones de vida de los estratos más bajos era de hacinamiento y precariedad, situación que se traducía en una falta de espacios privados donde se pudieran desarrollar actividades sociales⁷, como por ejemplo el festejo de la Nochebuena.

Pero más allá de las circunstancias económicas, el mundo popular celebraba la Navidad en las calles y plazas de la ciudad porque correspondía con su forma de sociabilidad de corte tradicional, donde lo privado y lo público se confundían⁸. Este escenario se mantuvo a lo largo del

siglo XIX, lo que evidencia que la moderna noción de lo privado⁹ aún no había hecho su aparición en el grueso de la población del Chile decimonónico, particularmente en Santiago.

Para el caso de la Navidad, a diferencia de otras celebraciones religiosas que se desarrollaban en los espacios públicos pero que mantenían el orden y recato, se agregaba un elemento adicional que transfiguraba a esta festividad en una ocasión de jolgorio popular. Como en la antigua tradición hispánica y occidental esta fiesta estaba muy ligada al carnaval, era un tiempo que estaba llamado a subvertir la realidad social y la jerarquía cotidiana, característica que se traspasó también al Nuevo Mundo.

Si bien algunos autores plantean que la experiencia del carnaval es un espacio y tiempo de transgresión de la cultura oficial, la Navidad chilena del siglo XIX jugó un rol diferente, al configurarse como una especie de transgresión autorizada por la propia cultura oficial¹⁰. Los elementos propios del carnaval funcionaron como una válvula de escape, una forma de relajo social que, basada en la inversión simbólica del orden cotidiano de las cosas, terminaba reforzando la jerarquía social ordinaria.

La manera en que se festejaba el nacimiento del Niño Jesús durante la Colonia y más tarde en la República de Chile tenía, entonces, los rasgos propios del catolicismo oficial de origen hispano -serio, jerárquico y clerical-, pero a la vez poseía un contenido y manifestación francamente popular. Este cristianismo de vena festiva y alborotada se mezclaba con la tradición ritual americana, elementos que, junto al rasgo subversivo propio del carnaval, transformaban a la Nochebuena en una fiesta sin igual.

Sin embargo, para las autoridades de una iglesia obsesionada por el cuidado del alma y el descuido del cuerpo, no era fácil coexistir con estas expresiones populares de religiosidad¹¹. Lo profano, la exaltación de los sentidos, el exceso de comida, alcohol y baile y el relajo de las costumbres sexuales, permitían al pueblo experimentar una devoción más ligada a su cotidianeidad¹².

Este carácter juerguista y subversivo de la Nochebuena se mantuvo con pocas modificaciones hasta mediados del siglo XIX, cuando lentamente comenzaron a surgir iniciativas para apaciguar las ansias festivas del pueblo capitalino. Pero ¿cuáles eran las inversiones propias de lo carnavalesco que comenzaron a impacientar a las autoridades eclesiásticas y civiles? ¿Constituían acaso una amenaza para el orden jerárquico y moral que la élite y un clero cada vez más ilustrados querían imponer al pueblo?

La Navidad hacia 1850. Inversión de lo cotidiano

Al fijar la mirada en la Nochebuena de la década de 1850, se advierten rasgos importantes de cómo durante esta festividad el orden corriente de las cosas era subvertido como ejercicio casi existencial de la fiesta misma. Sin trasgresión no era posible crear un nuevo orden que, si bien

era temporal y espacialmente limitado, permitía a la sociedad renovar sus normas y jerarquías. A continuación, algunos ejemplos de inversiones que le brindaron a la Navidad un acento popular y rural que la hizo característica.

La naturaleza como riqueza y don

En primer lugar, la ubicación de la Navidad en el calendario significaba de por sí una experiencia de inversión. Mientras que en los países del hemisferio norte la venida del Mesías se conmemoraba durante los fríos meses de invierno, al trasladarse a América la celebración recaía durante el solsticio de verano, generando una atmósfera totalmente opuesta. Esta situación reforzó en las primeras generaciones hispanas venidas al Nuevo Mundo la experiencia de la Navidad como un tiempo maravilloso, donde la naturaleza se tornaba pródiga, fecunda, generosa y frutal, una afirmación de la vida y de la renovación del mundo¹³. Esta idea se transformó en el contenido principal de la Nochebuena y perduró con mucha fuerza hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX.

Como la Navidad se festejaba durante los calurosos meses de verano, la variedad y disponibilidad de elementos para conmemorar el nacimiento del Niño Jesús, con respecto a los países de Europa, era absolutamente diferente. Esto permitió que la celebración fuese adaptada desde su versión original a una nueva que incorporaba los ingredientes más típicos del país, generando en los chilenos un afecto especial por esta época del año.

Lo más significativo de la Nochebuena, tanto en términos materiales como simbólicos, fue la presencia de la naturaleza en su momento de mayor esplendor. El contexto frutal y floral que se generaba en el tiempo de Navidad¹⁴, producía un clima de abundancia y de goce que no se repetía en otro momento del año¹⁵. Como señalaba un periódico en 1851:

Ya hemos llegado a la plaza de abastos, como si dijera, a la gran esposicion anual de las primeras frutas, flores, verduras y legumbres que una vegetación profunda y pródiga, ayudada por los esfuerzos de los agricultores, nos pone de manifiesto en el recinto de la plaza¹⁶.

Los productos de la tierra eran comercializados durante la noche del 24 de diciembre, pasando a constituir el elemento principal del banquete pascual. Las ventas de frutas, flores y otros alimentos se apostaban en los corredores de la Plaza de Abastos, lugar que se transformaba en el epicentro de los festejos de la Nochebuena. Los puestos se instalaban en una hilera, cuyo menaje se componía por lo general de tres o cuatro sillas, un mostrador de taberna y faroles chinoscos de diversos colores que, junto con iluminar, generaban un ambiente alegre¹⁷. En las ventas se ofrecían los mejores productos de la tierra y las primeras frutas de la estación, así como otros comestibles y bebestibles preparados especialmente para la ocasión. Era común encontrar en los mostradores un cántaro con huesillos, una olla con cazuela, un ponche arrima'o a nieve y, cómo no, un recipiente de horchata con y sin "malicia". Entre las frutas y flores no podían faltar:

El damasco [que] perfuma con su olor el ambiente casi provocando envidia de las flores; brinda sus ricos colores la guinda; bajo negra capa de luto cubre la breva su corazón de

fuego; despierta el apetito el durazno y allá, en modesto jarrón, crece verde y gallarda la mata de trigo que luce sus primeras espigas [...] Aquí la popular albahaca, allí la tierna sensitiva, allá el lirio, acullá la rosa o el jazmín: se ha escogido lo mejor del jardín o del huerto para adorar el portal que honró, haciéndolo su cuna, el Salvador del mundo¹⁸.

Todos los habitantes de Santiago se volcaban a las calles a disfrutar de estos productos, a deleitarse con la música de las cantoras y a bailar zamacuecas en las fondas instaladas a un costado de la plaza. Este ambiente fue descrito vividamente por la prensa de la época, como lo demuestra la siguiente crónica sobre los festejos de Nochebuena realizados en la ciudad de Valparaíso:

Sería un delito capital dormir esa noche [...] Oleadas de jente de diversos sexos, clases y condiciones cruzan en todas direcciones la ciudad: la parte relijiosa afluye a las iglesias que abren sus puertas a desusadas horas, para dar cabida a los que van a elevar plegaria por el Infante del pesebre; otra parte [...] fiel a citas dadas de antemano, acuden en busca de sus parejas que a cierta y convenida hora deben reunirse en algun punto. Se ponen, pues, en movimiento y ya hemos llegado a la plaza de abastos [...] Nuestro paso sera cortado y nuestros oidos ensordecidos por los infinitos vendedores de las nuevas frutas, cuyos gatzates se disputan la preferencia en el gritar. El uno encomia la breva fresquita aunque madurada por un esfuerzo artístico del hortelano; el otro el duraznito de la virjen, cual la laxante ciruela, el dorado albaricoque; otro proclama la sandilla madurita, las guindas y sus inseparables compañeras, las peras; en fin todo es confusion, todo gritos y chillidos¹⁹.

La naturaleza, como vemos, era un elemento protagonista a la hora de celebrar. Por una parte permitía a todos, incluso a los más pobres, disfrutar de ricas comidas durante la Nochebuena, claro elemento de inversión si se considera que durante el resto del año la subsistencia y la precariedad marcaban el transcurso de la vida en los estratos más bajos. Pero, por otro lado, se transformaba en la principal ofrenda para el recién nacido. Si durante todo el año se había trabajado duro para subsistir con lo mínimo²⁰, la Navidad inauguraba un tiempo, aunque efímero, de riqueza y abundancia material -y también espiritual- para los más pobres, quienes contaban con los productos de su propia tierra para ofrendar y celebrar la llegada de Jesús al mundo.

La fecundidad de la tierra era un don de Dios, circunstancia que permite entender la relación básica que esconde la lógica de la ofrenda: cada obsequio llama a otro obsequio de vuelta. La fertilidad era un regalo y para que ésta se perpetuara, se le debían ofrendar a Dios los productos de la tierra²¹. Las primeras frutas del año y flores de la estación eran los regalos privilegiados. Como recuerda un cronista con nostalgia, “al pié del nacimiento se colocaban las ofrendas que le llevábamos los niños del pueblo, platos con trigo nacido de un verde pálido bellísimo, los primeros duraznos, brevas, ciruelas i hasta huevos de gallina i de perdiz”²².

Estas ofrendas hacían que los nacimientos²³ adquirieran un aspecto único y alegre, al presentar a un Niño Jesús rodeado de los elementos que representaban lo mejor y más llamativo del campo chileno. Incluso algunas veces era posible ver, junto a los Reyes Magos, a un huaso

o una banderita chilena adornando el cuadro. El pueblo le ofrendaba “con el puro aroma de sus tradiciones, i el obsequio de sus costumbres”²⁴, que para los habitantes de Santiago de 1850 era todavía lo propio del mundo rural.

La riqueza material y simbólica que otorgaba la presencia de la naturaleza, hacía de la Nochebuena un tiempo particularmente festivo, transformándose en un período de entrega, de goce y de alegrías sin limitaciones. Este aspecto fue otra experiencia de inversión, puesto que permitía que los más desposeídos gozaran de las bondades de la tierra, riqueza que podían ofrendar al recién nacido, disfrutar como banquete pascual y ofrecer como mercadería en las ventas apostadas en el centro de la capital.

Fin de año, nuevas oportunidades

Por otra parte la Nochebuena representaba el cierre del año, lo que encarnaba un horizonte de doble significación: por un lado simbolizaba el límite de ciertos anhelos, la oportunidad de alcanzar determinados deseos; pero por otro, era vista como el momento de dejar atrás un año que muchas veces había sido difícil, renaciendo las esperanzas de un futuro mejor. Las fuentes, nuevamente, son significativas al respecto. Como señalaba un periódico:

En los anales del pueblo esta fiesta siempre forma una época feliz, que suele ser el fin de ciertas especulaciones; el termino de sus deseos; el horizonte de su felicidad; el colmo de sus esperanzas; porque a porfía quiere que le acontezca algo feliz o ambiciona para entonces algo nuevo o extraordinario. Así suele decir: para la Pascua tendré tantos pesos; para la Pascua me casaré; para la Pascua estaré de vuelta; para la Pascua estrenaré aunque no sea más que la manta; yo para la Pascua tengo pantalones nuevos, botas o caballo²⁵.

No sólo se celebraba el nacimiento de Jesús, sino el renacer de la vida de cada individuo, condiciones que merecían un festejo fuera de las proporciones normales con las que se celebraban el resto de las fiestas religiosas y que requería del relajo de determinadas normas sociales y conductuales, para así llevar el gesto festivo más allá de los límites cotidianos.

Gracias a esta excepcionalidad de la fiesta de Nochebuena, como principal festividad del año, es que el tema del gasto aparece como un elemento que debe ser considerado. El acto festivo se trata de un consumo puro, en el que se lleva a cabo el gasto en todas sus consecuencias, conducta que lleva a la gratuidad y a la generosidad; a la entrega y al don²⁶.

Es bajo esta lógica que podemos entender cómo durante la Navidad se gastaba hasta lo que no se tenía²⁷, ya que era la única vez en el año en que el pueblo gozaba de total libertad para consumir sin remordimientos. Como refiere un cronista sobre lo que su criada le manifestó con respecto a la fiesta: “Hoy, me dijo, es Noche Buena, i como no pierdo la costumbre de dar una vez al año, rienda suelta al gusto; quiero plata i libertad”²⁸. Esta cita muestra cómo durante las celebraciones el gasto estaba permitido en todas sus dimensiones, constituyéndose como

otro ejemplo de inversión. Si bien era cierto que el dinero escaseaba durante todo el año en los estratos populares, esto no impedía salir a festejar y a gastar a la Plaza de Abastos la noche del 24 de diciembre.

La jarana se toma el centro de la ciudad

Como señala Maximiliano Salinas, la fiesta parece ser el momento triunfal de la cultura popular, al mismo tiempo que se transforma en una amenaza al sistema por la posibilidad permanente del descontrol social²⁹. La particularidad de la fiesta de Nochebuena hacia mediados del siglo XIX es que el elemento popular lograba superponerse a los esfuerzos de control y recato que las autoridades civiles y eclesiásticas buscaban imponer, esfuerzo que da cuenta de la presencia efectiva de elementos carnalescos que se buscaban moderar.

Sólo bajo la lógica de las inversiones podemos comprender que el mundo popular se instalara en el centro de la ciudad cada 24 de diciembre, introduciendo a un espacio cotidianamente reservado para el comercio e intercambio de productos, los elementos inherentes a su desbordante forma de celebrar: el alcohol, la música y el baile. Estos sujetos populares, muchos de ellos venidos del campo, formaban una especie de puente entre el mundo rural tradicional y el medio urbano³⁰, desarrollando un sistema de vida marcado por la temporalidad, la inestabilidad y el desarraigo³¹, condiciones que durante la Nochebuena eran dejadas de lado, instaurándose un tiempo especial: el tiempo de fiesta, que trascendía y re-significaba lo cotidiano, permitiendo experimentar la liberación propia del carnaval³².

Esta forma de subversión del orden incomodaba a las autoridades³³, quienes cedían una vez al año permitiendo que el pueblo festejara a sus anchas la fiesta más significativa del calendario litúrgico. Pero lo que en 1850 disgustaba, hacia 1870 se había transformado en una franca aversión por las formas excesivas y descontroladas con que el pueblo festejaba la venida del Mesías. Este cambio de actitud respondía, por una parte, a que las numerosas costumbres europeas adoptadas por la oligarquía habían ido aumentando paulatinamente la distancia con las del bajo pueblo³⁴; pero, también, a que el reformismo eclesiástico de tendencias ilustradas y regalistas se distanció del culto exteriorizado y espontáneo, que podía parecer excesivamente burdo, desbordado e irracional. Para los católicos de mediados del siglo XIX, el rito debía seguir siendo público, pero ya no en las calles sino recluido en los templos³⁵, ideal que contrastaba fuertemente con lo que ocurría efectivamente durante la fiesta.

El lugar que encarnaba lo más desenfrenado del festejo popular era la fonda. Apostadas junto a las ventas alrededor de la Plaza de Abastos, en estas carpas de lona improvisadas -donde se instalaban mesas, sillas de junco y se despejaba la pista de baile- se daban todos los elementos característicos de la fiesta popular. Adornadas con banderas, papeles de mil colores y farolitos, las fondas permitían que las conductas festivas que durante todo el año se habían desarrollado en los márgenes de la ciudad, se trasladaran al centro mismo de la capital³⁶, lo que sólo podía explicarse bajo la lógica del carnaval.

En las fondas se podía ver la manera característica de divertirse del pueblo, “la zamacueca y el ponche eran ahí los principales agentes del contento popular”³⁷, junto a las tonadas y cantos a lo divino y a lo profano, interpretados por las cantoras con arpas y guitarras. La mujer, figura bastante marginal en una época que anuló casi totalmente su participación política y pública, podía salir de su estado cotidiano de reclusión y subordinación para festejar con gozo el nacimiento del Niño Dios. Durante la Nochebuena ellas eran quienes animaban las fondas y quienes protagonizaban el comercio navideño situado en la Plaza de Abastos. Así las mujeres -en su rol de cantoras y venteras- pasaban a configurar un nuevo elemento de transgresión.

Pero las fondas no eran un foco exclusivo de festejo popular. El baile y el alcohol atraían a gente de todas las clases y condiciones que, dejando atrás las diferencias que cotidianamente los distinguían, daba paso a una multitud de la que todos formaban parte³⁸. Esto hacía de la Nochebuena una fiesta única, en la que “se codeaban gentes de toda clase sin distinción de sexo, edad ni fortuna”³⁹, generando una atmósfera muy particular que no se repetía en otras fiestas.

El juego, la sexualidad y la violencia también tenían su espacio en las fondas. Así muchas veces la alegría y el entusiasmo terminaban en riñas o desórdenes entre borrachos, situación que desataba enfrentamientos que terminaban con la intromisión de la policía y con más de algún sujeto en la cárcel⁴⁰. Además existían aquellos que, aprovechándose de la confusión que generaba la multitud de gente, se dedicaban a robar a los paseantes objetos tales como sombreros, relojes, pañuelos y prendedores, entre otros.

Ciertamente estas situaciones molestaban a las autoridades y a una elite que, cada vez más visiblemente, refinaba sus costumbres a la luz de la influencia de ideas ilustradas provenientes de Europa. Como advierte la prensa de la época

Lector, no seas tú ni ninguno de tu familia del número de esos cristianos que profanan un día tan santo [...] ¿No has visto con dolor a muchos cristianos elegir esa noche, verdaderamente sagrada, para cometer todo jénero de excesos? La plaza de Abastos, la Alameda ¿no son testigos de acciones inmodestas, de riñas, pendencias, embriagueces i otros cien actos, tan punibles como éstos?⁴¹

Estos primeros indicios de aversión comenzarán a expresarse en diferentes medidas, patrocinadas por la elite y el clero ilustrado, las que tendrán como objetivo ir reformando el carácter carnavalesco de la Nochebuena.

Fiesta de los sentidos

La experiencia de la fiesta se desenvolvía en un espacio y tiempo limitados y tenía un orden y lógica propios. Todos los sentidos estaban involucrados, desde los más nobles, hasta aquellos considerados más bajos, en una experiencia que implicaba la vista, el gusto, el tacto, el oído y el olfato⁴².

Bastaba con recorrer la Plaza de Abastos para quedar absorto frente al panorama que se extendía por delante y quedar anonadado por la infinidad de aromas que inundaba el ambiente⁴³. Era cuestión de acercarse a cualquier venta para degustar los más ricos manjares y acudir a una fonda para escuchar las zamacuecas que se entonaban sin cesar durante toda la jornada. La música se entremezclaba con los gritos de los vendedores ambulantes quienes, al anunciar sus productos, generaban una atmósfera alegre y un tanto alborotada⁴⁴.

Esta noche se transformaba en la ocasión perfecta para el encuentro entre enamorados⁴⁵, quienes podían escapar fácilmente a la mirada vigilante de los padres para intercambiar un obsequio, una flor o un confite. Algo muy común era que las jóvenes recibieran un ramito de claveles y albahacas de regalo, el que se lucía coquetamente como prendedor en el pecho o en el pelo⁴⁶. Pero junto a la galantería y el coqueteo, habían amores más audaces, que se escabullían entre la gente para dirigirse a lugares más apartados en los cuales daban rienda suelta a la pasión.

¿Y los niños? Si bien la Nochebuena era una fiesta de adultos, los niños y jóvenes participaban de una forma muy particular y que apelaba a lo más esencial del carnaval: la irracionalidad. La tradicional Misa de Gallo, que se celebraba a la medianoche el 24 de diciembre, reunía a una diversa multitud de fieles que acudían a las iglesias a presenciar la liturgia por el nacimiento del hijo de Dios, donde la austeridad del culto católico se confundía con el ánimo de fiesta que reinaba en el ambiente. La celebración de la misa y la recreación del pesebre eran interrumpidos por toda clase de gritos de animales y ruidos de instrumentos populares, tales como:

Chicharras de madera, canarios de lata, cachos, flautines, silbatos, pititos de caña, capagatos, y otra infinidad de instrumentos a propósito para producir el más diabólico estrépito. Se arman tales ingeniosos instrumentos con el objeto de dar el debido y necesario esplendor a los Nacimientos, las misas de Aguinaldo y, especialmente, a la de Noche Buena⁴⁷.

Este molesto estruendo era protagonizado por una multitud de niños que, corriendo en todas direcciones, festejaban a su modo la venida del Niño Jesús. La bullanga⁴⁸, nombre con el que se conocía esta manifestación, incorporaba el elemento animalesco y lúdico a la celebración de la Navidad, simbolizando el triunfo de la infancia y de la animalidad primordiales, de la debilidad y de lo tradicional frente a la racionalidad moderna y urbana⁴⁹.

Pero esta tradición festiva estaba a punto de desaparecer, ya que a finales de la década de 1850 surgieron las primeras medidas concretas tomadas con el objeto de reformar la celebración de la popular Nochebuena.

¿Nochebuena o noche mala?

Como hemos señalado, hacia 1850 la Navidad era una fiesta de carácter tradicional, popular, masivo, público y, por sobre todo, tenía determinados rasgos de carnaval, particularidad que comenzó a desaparecer hacia finales del siglo XIX. Para entender este proceso,

reconocemos que existieron cambios estructurales y determinados acontecimientos que, de forma interrelacionada, condujeron a una total transformación del sentido de la Nochebuena.

En primer lugar, el cambio de mentalidad experimentado por la élite a lo largo del siglo XIX fue el principal catalizador de las transformaciones que sufrió el conjunto de la sociedad chilena. La influencia europea, que siempre había estado presente, comenzó a manifestarse de forma más evidente a partir de 1840 en un sector de la oligarquía y ya hacia mediados del siglo comenzó a perfilarse una notable distancia entre la élite y el resto de la sociedad⁵⁰, sobre todo con respecto a las formas de sociabilidad, gestualidad, hábitos y vestimenta.

Los efectos que este proceso tuvo sobre la fiesta de Navidad fueron innumerables. El cambio de mentalidad de la élite modificó las nociones que se tenían sobre el colectivo, por lo que la forma en la que la sociedad se reunía a celebrar pasó a considerarse grotesca e inadecuada, versión muy opuesta al modelo urbano e ilustrado de sociedad que se quería instaurar.

Con respecto a la religiosidad, durante la primera mitad del siglo XIX ya existían ciertos reparos con respecto a la forma en que se llevaba a cabo la celebración de la Nochebuena. Estas ideas pertenecían a una minoría ilustrada que estaba expresando el tránsito desde una vida centrada en la tradición y la fe hacia una concepción fundamentada en la razón y la ciencia. Este sector de la sociedad vinculaba estrechamente la religión y la moral, lo que condujo a la promoción y al fortalecimiento de una religiosidad más conservadora y racional, en detrimento de las modalidades expresivas de la religiosidad barroca⁵¹.

En este sentido, el hecho de que la iglesia y la plaza adquirieran la misma categoría como escenarios de fiesta durante la Navidad, no correspondía con las ideas ilustradas que habían penetrado en la Iglesia, entre ellas la revalorización de la liturgia y el afán moralizador de las costumbres⁵². A partir de esto, y a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, serán recurrentes los llamados de atención hechos por la iglesia a través de la prensa. Como se señaló en un periódico:

¡Nó, por Dios! Si eres cristiano, si deseas honrar a Jesucristo i honrarte a ti mismo, no vayas a esas horribles orgías con que tantos infelices profanan la santidad de esa noche mil veces santa [...] Las campanas te anuncian la hora feliz. Lector ¡al templo nó a la orjía!⁵³

La idea era devolver el culto a los templos y recluirlo al interior de los hogares, condiciones que aún no se correspondían con la mentalidad más tradicional del bajo pueblo. Esta situación generó un desfase entre la manera en que tradicionalmente se había festejado la Navidad y la nueva forma que, tanto las élites como el clero ilustrado, querían imponer. Este grupo tomó conciencia de que para construir una nación moderna y culta debían poner atajo a la expresividad festiva del pueblo⁵⁴, lo que implicaba no sólo reformar su tipo de sociabilidad, sino que urgía reacondicionar los espacios de la ciudad y la forma como éstos eran habitados, acorde con los nuevos ideales de civilidad.

De la plaza a la Alameda de las Delicias

En este sentido hubo un acontecimiento que marcó un antes y un después en la historia de la celebración de la Navidad y que, en gran medida, cristalizó los cambios que se venían forjando en el seno de la élite y el clero ilustrado. Si bien la Nochebuena se había celebrado desde sus inicios cual feria en la Plaza de Abastos, en 1856 el Intendente de Santiago trasladó los festejos a la Alameda de las Delicias con “el objeto de hacer menos posibles los desórdenes y dar mas brillantez y arreglo a esa fiesta popular designada tan impropiamente hasta aquí con el nombre de Noche Buena”⁵⁵.

Esta iniciativa fue criticada por el mundo popular, sobre todo por las venteras, quienes al año siguiente enviaron una carta al Cabildo exponiendo sus aprehensiones al respecto:

Evidentemente ninguna ventaja, decimos, reportó al público el año pasado, i no se consiguió más que aumentar nuestros sacrificios i gastos para trasladarnos con nuestras ventas a la Alameda, fuera de las mil incomodidades i altercados a que una se vé espuesta al tomar posesion del asiento [...] Si se mira pues nuestra petición [...] no podrá ménos que convenirse que la fiesta de la pascua no es lo mismo en la plaza que en la Alameda; i si se toma en consideración por otra parte nuestras molestias i sacrificios, no puede menos que abogar la equidad a favor de nosotras... Todas las fruteras i floreras⁵⁶.

A pesar de los reclamos, el decreto se mantuvo. Las autoridades consideraban que la multitud que se reunía en la plaza impedía el cumplimiento de la ley y el resguardo del orden, dificultando la tarea de contener las borracheras, evitar las riñas, los robos y pellizcos, de los cuales eran víctimas los paseantes. Este momento fue crucial porque determinó no sólo la forma en que se continuaría festejando el nacimiento del Niño Jesús, sino la manera en que la élite se relacionaría en adelante con las clases populares.

Atrás quedarían los tiempos en que la Navidad era festejada por el conjunto de la sociedad en un mismo lugar. La Plaza de Abastos, lugar céntrico que simbolizaba la reunión, que invitaba al encuentro y que congregaba a la sociedad sin distinción, fue reemplazada por la Alameda de las Delicias, gran arteria urbana que conectaba los diferentes extremos de la ciudad y en la que convergían las calles que conformaban el trazado urbano.

La Alameda representó un paseo a gran escala, donde ya no era bien visto confundirse y mezclarse unos con otros. El paseo se transformó en la nueva lógica de la celebración de la Navidad, característica que fue dando paso a una dispersión en la forma de celebrar esta fiesta y luego a una “segregación espacial según estratos sociales”, fenómeno que comenzó a manifestarse en diferentes espacios de la ciudad⁵⁷. Una vez más las fuentes son elocuentes:

La jente de buen tono tiene a ménos acercarse a comer a las mesas por lujosas que sean; bien al contrario de lo que sucedia en la plaza en donde era una cosa admitida confundirse, mezclarse con el pueblo, tomar de cuanto se veia, i gastar lo mas que se podia⁵⁸.

Así vemos cómo la idea de la Nochebuena como un carnaval -gran feria donde se da rienda suelta a los sentidos, donde el caos está autorizado y se manifiesta un desborde festivo- comienza a tensionar con un modelo europeo que privilegia la lógica del paseo, el recato, el orden y finalmente, la paulatina separación entre clases sociales.

La ciudad se transforma. Nuevos espacios para celebrar

A comienzos de la década de 1870 el proceso de modernización de la ciudad, sus habitantes y costumbres estaba ya en marcha. Si bien hasta mediados del siglo XIX la élite había compartido sus momentos de ocio con el bajo pueblo, hacia 1870 el proceso de marginación de las formas de diversión popular cristalizó con la apertura de nuevos espacios de recreo para la oligarquía⁵⁹. Para esto, surgió la necesidad de llevar a cabo un rediseño de la ciudad, proyecto impulsado en 1872 por la llegada de Benjamín Vicuña Mackenna a la Intendencia de Santiago, con el objetivo de dotar a la ciudad de espacios y de una organización propios de una ciudad moderna. Recién venido de Europa y encantado con la ciudad de París, considerada por él como la urbe modelo, centró todos sus esfuerzos en remodelar Santiago para convertirlo en el “París de América”⁶⁰. La iniciativa no pretendía mejorar únicamente los servicios públicos -tales como el agua potable, el alumbrado, la seguridad y el transporte- sino también reformar los hábitos de los ciudadanos. Pero había una intención subyacente, la cual era disciplinar a los sujetos populares mediante su distribución en la trama citadina, lo que continuó siendo una preocupación permanente de la oligarquía durante todo el siglo XIX⁶¹.

La construcción del paseo del cerro Santa Lucía entre los años 1872 y 1874 fue quizás el mejor ejemplo de los ideales urbanos que se buscaban imponer y del cambio de mentalidad que se estaba tejiendo en un amplio sector de la élite santiaguina. Antiguo refugio de peones desocupados, el cerro fue completamente remozado con anchas avenidas, pintorescos senderos, jardines y edificios⁶²; transformándose en lugar de entretenimiento y arte, salud e higiene. Si bien el paseo fue pensado para el disfrute de toda la sociedad, estaba moldeado desde las necesidades y gustos de la oligarquía⁶³, los cuales aún diferían con los del bajo pueblo.

La Navidad fue una instancia decisiva en este proceso. Si bien hacia 1868 se estaban abriendo nuevos espacios como alternativa a la Alameda para la celebración de la Nochebuena⁶⁴, la apertura del cerro Santa Lucía en 1874 marcó una clara diferencia en la relación que hasta ese momento se había dado entre la élite y el mundo popular durante la fiesta. El recientemente inaugurado paseo se engalanó con sus mejores adornos y recibió a una multitud de visitantes con números de humor y magia, tonadas populares interpretadas con arpa y guitarra, bandas de música y un restaurante perfectamente servido, tentando a los concurrentes con refrescos, dulces, apetitosos fiambres y botellas de vino⁶⁵. Era la primera vez que la Alameda de las Delicias no era el foco exclusivo de los festejos de la noche del 24 de diciembre y en adelante, no volvería a serlo. En los años que siguieron las posibilidades se multiplicaron y ya para el año 1878 se organizaban fiestas en la Quinta Normal de Agricultura, en el parque Cousiño, en la plaza San Isidro; se daban bailes de máscaras en el teatro Dramático; y se instalaban ventas y fondas en los márgenes de la ciudad.

El pasearse por la Alameda durante la popular Nochebuena ya no era tolerable para la élite, no había que confundirse y ni mezclarse con los otros, tendencia exclusivista que involucraba la gestualidad, la vestimenta, pero que también comprometía a la ciudad de Santiago. El paseo de Santa Lucía llegó para acoger las nuevas formas de sociabilidad que la oligarquía buscaba imponer, caracterizada por un código de conducta más elaborado que implicaba una forma distinta de relacionarse; pero también representó la concreción de un proceso de dispersión festiva que ya se venía dando.

Sin duda que el crecimiento urbano experimentado por Santiago, producto de la migración de una masa rural que ya no podía ser absorbida como fuerza de trabajo en los saturados campos chilenos⁶⁶, aceleró en alguna medida la transformación urbana, social y cultural de la capital. Esta metamorfosis fue aprovechada y guiada por los intereses de la oligarquía y, en cierta medida, de la iglesia católica, quienes terminaron por aburguesar y borrar todo rasgo carnavalesco y barroco de la fiesta de Nochebuena.

Año Nuevo: una fiesta ilustrada

Los cambios producidos a partir de 1850 en el carácter y forma de celebrar la Nochebuena fueron definitivos. Pero faltaba un elemento importante para erradicar definitivamente el barroquismo excesivo de la fiesta de Nochebuena, lo que comenzó a darse a principios de la década de 1870.

Hasta mediados del siglo XIX la Navidad era también la fiesta de fin de año, razón que justificaba muchas de las actividades festivas que comenzaron a impacientar a la élite -como el gasto desproporcionado, la gran ingesta de alcohol y el hecho de amanecer bailando en la Alameda-. Pero este sentido fue cediendo frente a la intromisión de la celebración del Año Nuevo como una fecha independiente, festejado los 31 de diciembre.

Los primeros indicios comenzaron a circular por la prensa de forma más bien esporádica y no tan evidente hacia finales de la década de 1860, cuando aparece en el periódico *La Libertad* una noticia que recuerda la fiesta de máscaras que tendría lugar la noche del 31 de diciembre⁶⁷. Pero, al parecer, esta tradición importada de Europa tenía ya algunos años, porque si bien es la primera vez que aparece una noticia al respecto, el periódico señala que “siempre el baile de fin de año es uno de los más concurridos”⁶⁸, dando a entender que era una experiencia que se estaba replicando debido al éxito alcanzado en años anteriores.

Lo más interesante fue la nueva sociabilidad festiva que impuso esta fiesta, ya que se introdujo a través de los bailes privados y proliferó en diversos lugares, formato que poco tenía que ver con los festejos populares que se daban en la plaza y que reunían a todos los habitantes de Santiago en un solo lugar. La introducción del Año Nuevo significó un quiebre sustantivo en cuanto al contenido que había representado la Nochebuena hasta ese entonces, pero más

importante aún, terminó por zanjar la distancia entre la clase alta y el bajo pueblo a la hora de festejar, circunstancia referida en las fuentes:

La Pascua es la fiesta del pueblo; el año nuevo, la fiesta de las clases mas cultas de la sociedad. En cuatro dias mas nadie se podrá quejar; pues, en el transcurso de una semana, todos, así ricos como pobres, habrán celebrado su fiesta favorita⁶⁹.

La elite estrenaba una nueva forma de conmemorar la llegada de un nuevo año, la cual tomó fuerza hasta consagrarse como una festividad trascendental dentro del calendario anual de celebraciones⁷⁰. A partir de entonces el tiempo de Navidad amplió su significación, para integrar a esta nueva festividad ilustrada. A partir de ese momento los festejos quedaron restringidos hasta el 26 de diciembre, acortándose el llamado tiempo de Navidad que antes se extendía a los primeros días de enero. Esto fue un reflejo concreto de los cambios que transformaron por completo la esencia de la antigua Nochebuena chilena.

Conclusiones

El estudio de la Navidad santiaguina ilumina a la sociedad decimonónica desde una nueva perspectiva. A través del análisis de la forma como se celebraba la Nochebuena, podemos descifrar la noción que se tenía de lo colectivo y la transformación que experimentó en un período corto de tiempo. El paso de una festividad masiva, pública y eminentemente popular hacia una celebración civilizada, recatada y cada vez más dispersa, deja en evidencia la compleja transición que experimentó el conjunto de la sociedad. Con avances y retrocesos, la modernidad hacía su arribo a la joven república, considerada un elemento indispensable para la consolidación del proyecto de nación. Este escenario produjo un abrumador desfase entre la forma en que el pueblo festejaba la Nochebuena y la nueva actitud que las élites ilustradas buscaban imponer, lo que demuestra el ritmo desigual y a la vez indiscriminado con que la modernidad se introdujo en la mentalidad de los habitantes de Santiago.

Es importante rescatar el rol que jugó la ciudad, al constituirse en un espacio transversal, donde se promovían las viejas costumbres populares, pero a su vez se catalizaba un cambio social y cultural de envergadura. Fue un escenario dinámico en la tensión entre la tradición y la modernidad, permitiendo analizar este proceso tanto “desde arriba” como “desde abajo”. El mundo popular intentó resistir los cambios, pero una élite cada vez más conciente de la necesidad de moralizar, educar y controlar el desborde popular, sobrellevó los inconvenientes y triunfó en su odisea por hacer de Santiago un ejemplo de urbanidad y desarrollo.

La fiesta por el nacimiento del Niño Jesús encarnó el proceso de individuación⁷¹ que experimentaron los habitantes de Santiago con respecto al control de sus instintos y a la racionalización de sus comportamientos, sepultando para siempre el espíritu desbordado que el carnaval le había otorgado a la tradicional Nochebuena.

Bibliografía

- Appadurai, Arjun. *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge, Cambridge University Press, 1988.
- Ariès, Philippe. "Para una historia de la vida privada", en Ariès, Philippe y Duby, Georges (comp.), *et. al., Historia de la vida privada*. Tomo V. Buenos Aires, Taurus, 1991.
- Barrios, Marciano. *La iglesia en Chile. Sinopsis histórica*. Santiago, Editorial Universitaria, 1987.
- Braudel, Fernand. *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. México, Fondo de Cultura Económica, 1953.
- Browne, María Loreto. *Semana Santa, Corpus Christi y Navidad: Transformaciones de las fiestas religiosas en Chile durante el siglo XIX*. Tesis para optar al grado de licenciado. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 2006.
- Caro, Julio. *El Carnaval*. Madrid, Taurus, 1985.
- Cruz de Amenábar, Isabel. *La fiesta: metamorfosis de lo cotidiano*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995.
- De Ramón, Armando. *Santiago de Chile, 1850-1900*. Santiago, 1977.
- Eco, Umberto, *et. al., Carnaval*. México, Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Eliás, Norbert. *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Goicovic, Igor. "Sociabilidad popular y mecanismos de control social en el espacio aldeano decimonónico: Illapel, 1840-1870", en Valenzuela, Jaime (ed.) *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007.
- Grammatico, Giuseppina [et. al.] *La fiesta como el tiempo del Dios*. Santiago, UTEM-Centro de Estudios Clásicos, 1998.
- Gutiérrez, Ramón. "La fiesta secular: Tradición, obsecuencia y transgresión", en *Historia*, Vol. 30, 1997, pp. 173-187.
- Huizinga, Johan. *Homo Ludens*. Madrid, Alianza, 1995.
- Hyde, Lewis. *The Gift. How the creative spirit transforms the World*. Gran Bretaña, Canongate Books, 2007.
- Johnson, Ann. *Internal migration in Chile to 1920. Its relationship to the labor market, agricultural growth, and urbanization*. California, University of California, 1987.
- Millar, René. "Aspectos de la religiosidad porteña. Valparaíso 1830-1930", en *Historia*, Vol. 33, 2000, pp. 297-368.
- Parodi, María Ignacia. *Expresiones de una Religiosidad Popular Urbana. Santiago a fines del siglo XVIII*. Tesis para obtener el grado de licenciado. Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, 2000.
- Peralta, Paulina. *¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837)*. Santiago, Lom, 2007.
- Purcell, Fernando. *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*. Santiago, DIBAM, 2000.
- Rojas, Alejandra. *Mundo popular, cultura y arte en Chile durante el siglo XIX*. Tesis para optar al grado de licenciado], Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia.
- Salinas, Maximiliano, *et. al., ¡Vamos remoliendo mi alma! La vida festiva popular en Santiago de Chile. 1870 a 1910*. Santiago, LOM Ediciones, 2007.
- _____. "Comida, música y humor. La desbordada vida popular", en Sagredo, Rafael y Gazmuri, Cristián (eds.), *Historia de la vida privada en Chile*. Vol. 2. Santiago, Taurus, 2005.
- _____. *Canto a lo divino y la religión del oprimido en Chile*. Santiago, Rehue, 1991.
- _____. *Historia del pueblo de Dios en Chile. La evolución del cristianismo desde la perspectiva de los pobres*. Santiago, Rehue, 1987.
- Serrano, Sol. "La privatización del culto y la piedad católicas", en Sagredo, Rafael y Gazmuri, Cristián (eds.), *Historia de la vida privada en Chile*. Vol. 2. Santiago, Taurus, 2005,
- _____. (Ed.), *Virgenes viajeras: Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile 1837-1874*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000.
- Valenzuela, Jaime. "Diversiones rurales y sociabilidad popular en Chile central: 1850-1880", en Agulhon, Maurice, *et. al., Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*. Santiago, Editorial Vivaria, 1992.
- Vargas, Moisés. *La diversión de las familias. Lances de Noche Buena*. Santiago, Instituto de investigaciones histórico-culturales de la Universidad de Chile, 1954.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. *Álbum del Santa Lucía: colección de las principales vistas, monumentos, jardines, estatuas i obras de arte de este paseo*. Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1874.
- Vicuña, Manuel. *El París Americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*, Santiago, Universidad Finis Terrae, 1996.

Notas

* Este trabajo se ha realizado en el marco de ejecución del Proyecto N° 1080210 de FONDECYT Chile.

¹ Es una fiesta popular porque tiene como protagonista a las clases más pobres, junto a su forma de sociabilidad festiva; es masiva porque convoca y reúne a una cantidad enorme de gente; y es pública porque se desenvuelve en los espacios de la ciudad, como plazas y avenidas, principalmente.

² El concepto "festividad ilustrada" es utilizado para hacer referencia a una forma más racional, contenida y sencilla de celebrar, en contraposición a la "festividad barroca" que es desbordante, recargada y con predominio de los sentidos. Para entender la fiesta barroca hispanoamericana véase: Isabel Cruz de Amenábar, *La fiesta: metamorfosis de lo cotidiano*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1995, pp. 18-65. En relación a otras fiestas, como las nacionales o seculares, véase: Paulina Peralta, ¡Chile tiene fiesta! El origen del 18 de septiembre (1810-1837), Santiago, Lom, 2007 y Ramón Gutiérrez, "La fiesta secular: Tradición, obsecuencia y transgresión", en *Historia*, Vol. 30, 1997, pp. 173-187.

³ Las citas textuales de las fuentes se realizaron respetando su ortografía original.

⁴ Estructura teórica-conceptual tomada de Braudel. Véase: Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, México, Fondo de Cultura Económica, 1953, pp. XVII-XIX.

⁵ Es importante destacar que en el siglo XIX la Nochebuena aparece escrita en todas las fuentes como "Noche Buena". Esto fue interpretado con una doble lectura, porque se aludía tanto a la Navidad, como al carácter "bueno o malo" de esa fiesta. Esta condición fue bien aprovechada por los críticos de la época, quienes recurrentemente cuestionaban cómo los elementos carnavalescos transformaban a la Nochebuena en una "noche mala".

⁶ Sol Serrano, "La privatización del culto y la piedad católicas", en Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri (eds.), *Historia de la vida privada en Chile*, Vol. 2, Santiago, Taurus, 2005, p. 142.

⁷ Maximiliano Salinas, "Comida, música y humor. La desbordada vida popular", en Sagredo y Gazmuri, *op. cit.*, p. 85.

⁸ Según Philippe Ariès en determinado momento se produce un cambio en las sociedades, en donde se pasa de un tipo de sociabilidad en la que lo privado y lo público se confunden, a una sociabilidad en la que lo privado se halla separado de lo público e incluso lo absorbe o reduce su extensión. Este proceso ocurrió en Chile a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Véase: Philippe Ariès, "Para una historia de la vida privada", en Philippe Ariès y Georges Duby (comp.) [*et. al.*], *Historia de la vida privada*, Tomo V, Buenos Aires, Taurus, 1991, p. 16.

⁹ Lo privado, según la definición de Sol Serrano, lo entendemos como un espacio a construir e identificado con la familia, ya que no necesariamente es un espacio individual sino que también se puede dar con otros. Es un espacio jerárquico y definido por vínculos de protección y dependencia, diferente de la vida doméstica o cotidiana. Véase: Serrano, "La privatización del culto...", *op. cit.*, pp. 139 y 140.

¹⁰ Concebimos el fenómeno del carnaval como un espacio de inversión temporal del orden cotidiano, que termina por reforzar la jerarquía social, siguiendo las ideas de Eco y Caro. Véase: Julio Caro, *El Carnaval*, Madrid, Taurus, 1985 y Umberto Eco, *et. alt.*, *Carnaval*, México, Fondo de Cultura Económica, 1989.

¹¹ Entendemos por religiosidad popular a aquellas expresiones espontáneas y cotidianas de la fe, que no necesariamente están ligadas con los dogmas oficiales y la forma ortodoxa de manifestación del credo. Si bien no es un concepto que alude a un sector específico de la sociedad, se le asocia comúnmente con las clases más pobres o marginales.

¹² Salinas, *Historia del pueblo de Dios en Chile*, *op. cit.*, pp. 78-80.

¹³ Maximiliano Salinas, *Canto a lo divino y la religión del oprimido en Chile*, Santiago, Rehue, 1991, p. 129.

¹⁴ El tiempo de Navidad era un marco temporal más amplio que los días 24 y 25 de diciembre. Se iniciaba con la novena al Niño Dios, la cual comenzaba generalmente cada 16 de diciembre y, si bien algunos indicios permiten pensar que la fecha de término era el 6 de enero, para Pascua de Reyes, no se ha podido establecer con seguridad esa información.

¹⁵ Salinas, *Historia del pueblo de Dios en Chile...*, *op. cit.*, p. 155.

¹⁶ *El Diario*, 26 diciembre de 1851, Valparaíso.

¹⁷ *El Progreso*, 28 diciembre de 1872, Melipilla.

¹⁸ *El Estandarte Católico*, 24 diciembre de 1877, Santiago.

¹⁹ *El Diario*, 26 diciembre de 1851, Valparaíso.

²⁰ En los sectores más pobres los trabajos más comunes entre los hombres era de vendedores ambulantes, obreros y artesanos; mientras que las mujeres trabajaban en el servicio doméstico, como lavanderas, comerciantes ambulantes, costureras y prostitutas, principalmente. Véase: Alejandra Rojas, *Mundo popular, cultura y arte en Chile durante el siglo XIX*, Tesis para optar al grado de licenciado, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia, pp. 111-117.

²¹ Lewis Hyde, *The Gift. How the creative spirit transforms the World*, Gran Bretaña, Canongate Books, 2007, pp. 19 y 20. Hay otras posturas, como las de Arjun Appadurai quien plantea que la ofrenda trae consigo la obligación de volver a regalar, generando una cadena interminable de dones y obligaciones. Pero lo que sucede en la Nochebuena chilena es diferente, ya que la ofrenda constituye más bien una entrega que es recompensada de alguna u otra manera y no conlleva necesariamente la responsabilidad de volver a regalar. Véase: Arjun Appadurai, *The social life of things. Commodities in cultural perspective*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988.

²² *El Chileno*, 25 diciembre de 1897, Santiago.

²³ Los nacimientos, o pesebres, eran un grupo de figuras de madera policromada que representaban el nacimiento del niño Jesús. Los más elegantes venían de Quito y era común que se instalaran en iglesias, conventos y en algunas casas particulares. Estas representaciones miniaturizadas se convertían en polo de atracción para la gente que paseaba por la ciudad. La música, interpretada por cantoras, no podía faltar y acentuaba el carácter festivo de esta devoción popular. Véase: Cruz, *op. cit.*, pp. 183-186.

²⁴ *El Chileno*, 25 diciembre de 1896, Santiago.

²⁵ *El Diario*, 26 diciembre de 1853, Valparaíso.

²⁶ Cruz, *op. cit.*, p. 33.

²⁷ *El Conservador*, 26 diciembre de 1857, Santiago.

²⁸ *El Eco de Talca*, 31 diciembre de 1858, Talca.

²⁹ Salinas, *Historia del pueblo de Dios en Chile...*, *op. cit.*, p. 170.

³⁰ En mi opinión, el mundo rural no se contraponen al urbano ni es una etapa anterior, sino que son categorías que se superponen y dialogan. Esta idea pretende ser un aporte frente a suposiciones que apuntan a lo contrario, noción que resulta avalada a la luz del estudio de la Nochebuena del siglo XIX.

³¹ Jaime Valenzuela, "Diversiones rurales y sociabilidad popular en Chile central: 1850-1880", en Maurice Agulhon, *et. al.*, *Formas de sociabilidad en Chile, 1840-1940*, Santiago, Editorial Vivaria, 1992, p. 373.

³² Es importante destacar la importancia cotidiana que tenía la diversión para el mundo popular. Tanto Fernando Purcell como Jaime Valenzuela, señalan que la sociabilidad festiva que se desarrollaba durante la Nochebuena, era una realidad habitual para los miembros de las clases más bajas. Véase: Fernando Purcell, *Diversiones y juegos populares. Formas de sociabilidad y crítica social. Colchagua, 1850-1880*, Santiago, DIBAM, 2000 y Valenzuela, 1992, *op. cit.*, pp. 269-278.

³³ Desde 1850 tenemos fuentes que señalan la aversión de las autoridades por la fiesta de Navidad, en especial debido a su carácter carnavalesco, el cual se considera un freno para la educación moral del pueblo. Véase: *La Barra*, 27 diciembre de 1850, Santiago.

³⁴ Manuel Vicuña, *El París Americano. La oligarquía chilena como actor urbano en el siglo XIX*, Santiago, Universidad Finis Terrae, 1996, p. 37.

³⁵ Serrano, "La privatización del culto...", *op. cit.*, pp. 143-144.

³⁶ Purcell, *op. cit.*, p. 48. Para revisar otras fiestas que se daban en diferentes lugares de la ciudad, véase: Maximiliano Salinas, *et. al.*, *¡Vamos remoliendo mi alma! La vida festiva popular en Santiago de Chile. 1870 a 1910*, Santiago, LOM Ediciones, 2007.

³⁷ *La Libertad*, 26 diciembre de 1868, Santiago.

³⁸ *El Ferrocarril*, 25 diciembre de 1857, Santiago.

³⁹ *El Ferrocarril*, 25 diciembre de 1874, Santiago.

⁴⁰ *Las Novedades*, 25 diciembre de 1877, Santiago.

⁴¹ *El Mensajero del Pueblo*, 24 diciembre de 1870, Santiago.

⁴² Giuseppina Grammatico, *et. al.*, *La fiesta como el tiempo del Dios*, Santiago, UTEM-Centro de Estudios Clásicos, 1998, p. 25.

⁴³ *El Diario*, 26 diciembre de 1851, Valparaíso.

⁴⁴ *El Ferrocarril*, 25 diciembre de 1869, Santiago.

⁴⁵ Salinas, *¡Vamos remoliendo mi alma!...*, *op. cit.*, p. 14.

⁴⁶ *Los Tiempos*, 26 diciembre de 1878, Santiago.

⁴⁷ Moisés Vargas, *La diversión de las familias. Lances de Noche Buena*, Santiago, Instituto de investigaciones histórico-culturales de la Universidad de Chile, 1954, pp. 203-204.

⁴⁸ La bullanga era una costumbre celebrada en varios pueblos de España durante los jueves santos. Los muchachos solían producir estos ruidos en sustitución de las campanas que no se podían tañer. Otros antecedentes refieren a que cuando las campanas sonaban en las iglesias, los niños salían por las calles haciendo ruidos para acompañar el festejo. Véase: Julio Caro, *El Carnaval*, Madrid, Taurus, 1985.

⁴⁹ Salinas, *Canto a lo divino...*, *op. cit.*, p. 157.

⁵⁰ Vicuña, *op. cit.*, p. 34.

⁵¹ Marciano Barrios, *La iglesia en Chile. Sinopsis histórica*, Santiago, Editorial Universitaria, 1987, pp. 53 y 54.

⁵² Las ideas ilustradas penetraron en la iglesia católica e incluso se acrecentaron durante el siglo XIX, lo que se manifestó en la importancia dada a la parroquia, a la predicación, al uso de la lengua vernácula, el valor otorgado a la caridad como obra transformadora para laicos y religiosos, entre otras. Véase: Sol Serrano (Ed.), *Virgenes viajeras: Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile 1837-1874*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000, p. 30.

⁵³ *El Mensajero del Pueblo*, 21 diciembre 1872, Santiago.

⁵⁴ Salinas, "Comida, música y humor...", *op. cit.*, p. 105.

⁵⁵ *El Diario*, 20 diciembre de 1856, Valparaíso.

⁵⁶ *El Conservador*, 16 diciembre de 1857, Santiago.

⁵⁷ Concepto acuñado por Armando De Ramón y citado en: Vicuña, *op. cit.*, p. 46.

⁵⁸ *El Conservador*, 26 diciembre de 1857, Santiago.

⁵⁹ Vicuña, *op. cit.*, p. 48.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 87.

⁶¹ Igor Goicovic, "Sociabilidad popular y mecanismos de control social en el espacio aldeano decimonónico: Illapel, 1840-1870", en Jaime Valenzuela (ed.), *Historias urbanas. Homenaje a Armando de Ramón*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2007, p. 187.

⁶² Benjamín Vicuña Mackenna, *Álbum del Santa Lucía: colección de las principales vistas, monumentos, jardines, estatuas i obras de arte de este paseo*, Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1874, p. VI.

⁶³ Vicuña, *op. cit.*, p. 103.

⁶⁴ *El Ferrocarril*, 26 diciembre de 1871, Santiago.

⁶⁵ *Ibid.*, 27 diciembre de 1874.

⁶⁶ Ann Johnson, *Internal migration in Chile to 1920. Its relationship to the labor market, agricultural growth, and urbanization*, California, University of California, 1987, p. 268.

⁶⁷ *La Libertad*, 3 diciembre de 1868, Santiago.

⁶⁸ *Ídem*.

⁶⁹ *La Época*, 27 diciembre de 1884, Santiago.

⁷⁰ *Los Tiempos*, 31 diciembre de 1880, Santiago.

⁷¹ Idea tomada de Norbert Elias. Véase: Norbert Elias, *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.